

Hubiéramos encontrado muchos relatos, muchas experiencias más... por si algún lector no sabe de esto más que por el cine

Mi experiencia en la cárcel

Ángel Igualada (M)

(capellán en las cárceles de Alcalá Meco y CIS Victoria Kent)

Qué distintas se ven las cosas cuando vives entre los pobres y marginados! Ves las cosas que les llevan ahí, como este sistema monstruoso, manipulador, que nos hace creer que el dinero lo es todo y nos deja sin sentido; las familias rotas, pobres, donde el alcohol, la droga, la violencia son el pan nuestro. Y ves la escuela marginadora, que intenta integrar en esa cultura dominante, sin respeto ninguno por la subcultura que se vive en los barrios, etc. Pero, junto a eso, uno vive el valor de la supervivencia, del ser adultos desde niños, de la solidaridad, de la humanidad, de la amistad, de la sencillez, etc. De todo esto tengo ejemplos pero me alargaría.

Recuerdo, por decir alguna cosa, a un chaval que tenía una familia fatal para nosotros, pero para él era su familia. Su padre, con otra, porque su madre estaba mal de la cabeza; su hermana mayor con 14 años se piró de casa, por llamarla algo, pues era la casa de espantos, la estufa no funcionaba, los mandos estaban sujetos con palillos de dientes, las sábanas aunque se suponían blancas eran marrones, etc. Tenía además un hermano y una hermana más pequeños deficientes y minusválidos. Bueno, pues a este chaval le conocí con la espalda roja, marcada después de 3 días por los correazos de

su padre. Es un ejemplo, aunque no de la cárcel pues éste chaval, aunque estuvo con los porros, como le apoyamos, salió adelante como muchos otros. Milagros de la vida.

A estos chavales íbamos a verlos a la cárcel, a hacer actividades con ellos cuando estaban en el Refor y, luego, en Carabanchel. Tenían detalles buenos. Dejaban de ir al cine, que les ponían una vez por semana, para estar con nosotros. ¡Como celebrábamos los encuentros especialmente en Nochebuena! Allí en el chabolo, donde nos poníamos al día de los demás. ¡Y cómo sufría yo cuando iban desapareciendo o los torturaban en la cárcel! Malditos los que con el negocio de la droga han matado a tanta gente, a tantas familias.

Y en la cárcel, el afecto, el encuentro, el servicio o la información necesaria, los recados, las llamadas, la carta... son un mundo; y no tener estas cosas pequeñas y sin importancia ¡todo un mundo conseguir las allí dentro!

La cárcel es un mundo cerrado, especial, particular. Siempre lo mismo, las mismas caras, la misma gente, los mismos miedos. Que si el funcionario chulo, que si el *kíe* (al que le debo dinero), que si la familia. Dicen y hablan de reinserción pero qué reinserción se puede dar sin libertad. Sin libertad y sin afecto no puede haber educación ni



reinserción. El preso hará lo posible por sobrevivir y vivir lo mejor que pueda y conseguir su libertad. Todo lo demás son cuentos. Aparte de que no hay interés ni medios para reinserir. ¿Dónde va un preso que pierde amigos después de una o varias condenas, y sus amigos, si es que los tenía y no eran meros colegas, se han cambiado de barrio o han muerto o están enganchados? ¿Dónde van los presos, si no hay trabajo, si trabajar es de tontos cuando se puede vivir bien dando un pequeño golpe, en vez de estar explotado meses y meses por gente sin escrúpulos que, a veces, ni te pagan el mes?

Pero ¿qué digo de trabajar? si nunca se trabajó en la casa, si los modelos que tienen estos chavales son de gente que roba y está rodeada de gloria, con dinero y mujeres, o de dinero fácil, las más de las veces, con la droga. De gente que, si ha trabajado, lo ha hecho en trabajos marginales buscando chata-

H
a
c
e
n

c
a
s
o

rra por la noche o rebuscando en los contenedores o en las obras con malos sueldos, si le pagaban.

¿Eso es vivir? No es que justifique el robo o la prostitución, sino que los entiendo y, muchas veces que me pongo en su pellejo, digo: yo habría sido mil veces peor. Barrios con chabolas donde te helabas de frío en invierno y te asabas de calor en verano, donde la vida se hacía en la calle, con perros y ratas y suciedad y violencia por todas partes, donde la pandilla de colegas era donde se compartían las picas, se aprendía a vivir el futuro con castigos crueles para entrenarte si te pillaban, donde

aprendías a robar un coche por si tenías que huir, donde te jugabas la vida en casa y, fuera de casa, las más de las veces, donde las enfermedades y las drogas y el consumismo y los pequeños robos —pues los grandes los hacían los ricos— eran un ejemplo diario.

Pero “donde abundó el pecado sobreabundó la gracia”: amigos. Qué digo amigos, casi familia, cercanos, compartiendo y dándome la alegría, la inmensa alegría de verlos vivos y felices, saliendo adelante, construyendo un futuro, una familia, una asociación, un barrio, echando una mano a los suyos, a los demás, saliendo adelante.

Ellos me engancharon y ahí sigo, después de 33 años, a su lado, queriéndolos y sintiéndome querido, ayudándolos a que se ayuden, apostando por ellos, no porque sean buenos o malos sino porque son presos, marginados de un sistema cruel, que cuanto antes cambie, mejor. Pero eso depende de nosotros, con la ayuda de Dios, que, para los presos, es alguien real y vivo, al que sienten cercano, muchas veces, gracias a los que los acompañamos para decirles que siguen siendo personas, personas que valen, que tienen un gran corazón y una gran fe en Dios.

Educarnos aquí dentro

“Cele”,
(interno)

Una de las cosas que más sorprende cuando preguntas a la sociedad sobre la cárcel es la respuesta que dan: *la universidad de los delincuentes*. Es verdad en cierta medida, si así uno lo quiere. Puede ser una de las universidades con más alumnos; hoy por hoy, con más de 75.000 formas diferentes de delinquir. Ese es el número de personas que hoy poblamos las diferentes *universidades* (cárceles) del territorio español.

Pero no siempre la expresión “*la cárcel, universidad de los delincuentes*” es cierta. Y quisiera romper una lanza en favor de todos los que de una u otra forma hemos utilizado la cárcel, no sólo para pasar el tiempo, sino para aprovecharlo en ponernos *las pilas de la vida*, en agarrar la educación para poder abrir y recorrer un camino nuevo y di-

ferente en nuestra vida. Aquí, en la cárcel, nos hemos dejado “*liar*” por la educación, por aprender, por saber más para poder darse más a los otros y, todo ello, gracias a personas, maestros y discípulos que viven la enseñanza de otra forma, una enseñanza “masticada” entre barrotes, entre situaciones difíciles, problemas fuertes y futuros inciertos

Dos experiencias, vivenciadas por mí, a modo de ejemplo, de las muchas que se han escrito y vivido por otros muchos compañeros entre los muros de las prisiones.

La primera, vivida en una de las cárceles de Castilla y León y como protagonista una MAESTRA. Sí, con mayúsculas, porque cuando se pone la vida en la educación, como esta maestra, todo en su vida gira en torno a la enseñanza. Ella enseña alfabetización a los extranjeros que

no saben español. Yo la veía ir a los módulos a buscar a sus alumnos, siempre con la sonrisa en la cara, sin malos gestos y con mucha paciencia. Y es que ella no entiende la educación como una forma de vida sino que es su forma de vivir la que le ha llevado a dar clases y enseñar a los presos dentro de esos muros.

En una ocasión, hablando con ella, me decía que se consideraba también alumna al aprender de los presos extranjeros su forma de vida, sus dificultades para acceder a la sociedad española, que comprendía sus anhelos y sus sueños. Esto le animaba a enseñar de otra forma diferente, a ponerse en nuestro lugar, y que le daba fuerzas para descender al nivel de los que estamos privados de libertad y así poder recorrer juntos el camino de ascenso de la educación: saber hablar es-